

28.º domingo ordinario B



*Supliqué y se me concedió la prudencia,
invoqué y vino a mí un espíritu de sabiduría. (Sb 7,7)*

Primera lectura

Sabiduría 7,7-11

Supliqué y se me concedió la prudencia, invoqué y vino a mí un espíritu de sabiduría. La preferí a los cetros y a los tronos, y en su comparación tuve en nada la riqueza. No le equiparé la piedra más preciosa, porque todo el oro a su lado es un poco de arena, y junto a ella la plata vale lo que el barro. La preferí a la salud y a la belleza, me propuse tenerla por luz, porque su resplandor no tiene ocaso. Todos los bienes juntos me vinieron con ella, había en sus manos riquezas incontables.

Segunda lectura

Hebreos 4,12-13

La Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de Aquel a quien hemos de rendir cuentas.

Evangelio

Marcos 10,17-27

En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: – Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?
Jesús le contestó: – ¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno mas que Dios. Y sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre.
El replicó: – Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño.
Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: – Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres – así tendrás un tesoro en el cielo –, y luego sígueme. A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: – ¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!

Los discípulos se extrañaron de estas palabras. Jesús añadió: – Hijos, ¡qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios. Ellos se espantaron y comentaban: – Entonces, ¿quién puede salvarse? Jesús se les quedó mirando y les dijo: – Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo.

Meditación

El diálogo entre Jesús y el hombre rico es un modelo de equilibrio dialéctico. Jesús, en esta lucha dialéctica, se refiere únicamente a los mandamientos. Según una correcta mentalidad hebrea era fácil recibir la herencia divina de la vida eterna: bastaba observar los mandamientos de Dios. El hombre rico sostiene, pues, simplemente que desde su juventud ha sido un israelita practicante. Jesús sabe que no era un hipócrita, sino un hombre religiosamente sincero; por ello se dirige a él con simpatía.

Sin embargo, su propuesta es más amplia: invita al rico a despojarse completamente de sus riquezas y a adherirse a su comunidad de discípulos. Esto no quiere decir que los discípulos estuvieran obligados a una pobreza total: en efecto, Pedro continuaba con su casa; Marta y María se encontraban en una posición más bien desahogada. Se trata, pues, de un caso particular: el hombre rico habría debido demostrar su seriedad en esta búsqueda de la vida eterna, y la única manera de demostrarla era vender los propios bienes y hacerse discípulo. La prueba no era inútil, ya que el rico, oprimido por el peso de aquella exigencia, se va con la cabeza baja; "pues tenía muchos bienes", como subraya el evangelista.

Jesús mira a su alrededor y se dirige a los discípulos para afirmar que las riquezas son un grave obstáculo para entrar en el reino de Dios. Los discípulos se asombran, y esto demuestra que, con su enseñanza y su conducta, Jesús no quería que la suya fuera una comunidad de harapientos. El comprende su estupor, pero subraya su afirmación haciendo uso de la riqueza metafórica oriental: "es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un rico entrar en el reino de Dios".

El evangelista pone de relieve el estupor de los discípulos que se preguntaban entre sí: "Entonces ¿quién es el que podrá salvarse?" La respuesta se inserta fácilmente en la "teología de la gratuidad", característica del segundo evangelio: "para los hombres es imposible, pero no para Dios. Pues a Dios le es posible todo".

Está claro que la flecha de la teología enseñada por Jesús iba en el sentido de la pobreza de la comunidad eclesial. Pero Jesús quiere evitar el "automatismo farisaico", o sea suponer que el cumplimiento de ciertas reglas determinadas de pobreza aseguran la vida eterna. Jesús no quiere que nada sea absolutizado fuera de Dios, ni siquiera una cosa tan sustancial como la pobreza de la institución eclesial. Por eso, adopta esa difícil actitud dialéctica: por una parte, reconoce que los que adoptan esa actitud de pobreza y de abandono de todo para dedicarse al Evangelio han hecho lo que debían hacer; pero, por otra, quiere evitar que se absolutice esta actitud, impidiendo el libre espacio de la acción de Dios, que incluso de los ricos puede hacer discípulos suyos. Eso sí, mediante un sorprendente milagro. Por eso, al final Dios introducirá la confusión: "los primeros se convertirán en últimos, y los últimos en primeros".

28.º domingo ordinario B



*Supliqué y se me concedió la prudencia,
invoqué y vino a mí un espíritu de sabiduría. (Sb 7,7)*

Primera lectura

Sabiduría 7,7-11

Supliqué y se me concedió la prudencia, invoqué y vino a mí un espíritu de sabiduría. La preferí a los cetros y a los tronos, y en su comparación tuve en nada la riqueza. No le equiparé la piedra más preciosa, porque todo el oro a su lado es un poco de arena, y junto a ella la plata vale lo que el barro. La preferí a la salud y a la belleza, me propuse tenerla por luz, porque su resplandor no tiene ocaso. Todos los bienes juntos me vinieron con ella, había en sus manos riquezas incontables.

Segunda lectura

Hebreos 4,12-13

La Palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo, penetrante hasta el punto donde se dividen alma y espíritu, coyunturas y tuétanos. Juzga los deseos e intenciones del corazón. Nada se oculta; todo está patente y descubierto a los ojos de Aquel a quien hemos de rendir cuentas.

Evangelio

Marcos 10,17-30

En aquel tiempo, cuando salía Jesús al camino, se le acercó uno corriendo, se arrodilló y le preguntó: – Maestro bueno, ¿qué haré para heredar la vida eterna?
Jesús le contestó: – ¿Por qué me llamas bueno? No hay nadie bueno mas que Dios. Y sabes los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio, no estafarás, honra a tu padre y a tu madre.
El replicó: – Maestro, todo eso lo he cumplido desde pequeño.
Jesús se le quedó mirando con cariño y le dijo: – Una cosa te falta: anda, vende lo que tienes, dale el dinero a los pobres – así tendrás un tesoro en el cielo –, y luego sígueme. A estas palabras, él frunció el ceño y se marchó pesaroso, porque era muy rico. Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: – ¡Qué difícil les va a ser a los ricos entrar en el Reino de Dios!
Los discípulos se extrañaron de estas palabras. Jesús añadió: – Hijos, ¡qué difícil les es entrar en el Reino de Dios a los que ponen su confianza en el dinero! Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios.

Ellos se espantaron y comentaban: – Entonces, ¿quién puede salvarse?

Jesús se les quedó mirando y les dijo: – Es imposible para los hombres, no para Dios. Dios lo puede todo.

Pedro se puso a decirle: – Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.

Jesús dijo: – Os aseguro que quien deje casa, o hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o tierras, por mí y por el Evangelio, recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más – casas y hermanos y hermanas y madres e hijos, y tierras, con persecuciones –, y en la edad futura, vida eterna.

Meditación

El diálogo entre Jesús y el hombre rico es un modelo de equilibrio dialéctico. Jesús, en esta lucha dialéctica, se refiere únicamente a los mandamientos. Según una correcta mentalidad hebrea era fácil recibir la herencia divina de la vida eterna: bastaba observar los mandamientos de Dios. El hombre rico sostiene, pues, simplemente que desde su juventud ha sido un israelita practicante. Jesús sabe que no era un hipócrita, sino un hombre religiosamente sincero; por ello se dirige a él con simpatía. Sin embargo, su propuesta es más amplia: invita al rico a despojarse completamente de sus riquezas y a adherirse a su comunidad de discípulos. Esto no quiere decir que los discípulos estuvieran obligados a una pobreza total: en efecto, Pedro continuaba con su casa; Marta y María se encontraban en una posición más bien desahogada. Se trata, pues, de un caso particular: el hombre rico habría debido demostrar su seriedad en esta búsqueda de la vida eterna, y la única manera de demostrarla era vender los propios bienes y hacerse discípulo. La prueba no era inútil, ya que el rico, oprimido por el peso de aquella exigencia, se va con la cabeza baja; "pues tenía muchos bienes", como subraya el evangelista.

Jesús mira a su alrededor y se dirige a los discípulos para afirmar que las riquezas son un grave obstáculo para entrar en el reino de Dios. Los discípulos se asombran, y esto demuestra que, con su enseñanza y su conducta, Jesús no quería que la suya fuera una comunidad de harapientos. El comprende su estupor, pero subraya su afirmación haciendo uso de la riqueza metafórica oriental: "es más fácil para un camello pasar por el ojo de una aguja, que para un rico entrar en el reino de Dios". El evangelista pone de relieve el estupor de los discípulos que se preguntaban entre sí: "Entonces ¿quién es el que podrá salvarse?" La respuesta se inserta fácilmente en la "teología de la gratuidad", característica del segundo evangelio: "para los hombres es imposible, pero no para Dios. Pues a Dios le es posible todo".

Está claro que la flecha de la teología enseñada por Jesús iba en el sentido de la pobreza de la comunidad eclesial. Pero Jesús quiere evitar el "automatismo farisaico", o sea suponer que el cumplimiento de ciertas reglas determinadas de pobreza aseguran la vida eterna. Jesús no quiere que nada sea absolutizado fuera de Dios, ni siquiera una cosa tan sustancial como la pobreza de la institución eclesial. Por eso, adopta esa difícil actitud dialéctica: por una parte, reconoce que los que adoptan esa actitud de pobreza y de abandono de todo para dedicarse al Evangelio han hecho lo que debían hacer; pero, por otra, quiere evitar que se absolutice esta actitud, impidiendo el libre espacio de la acción de Dios, que incluso de los ricos puede hacer discípulos suyos. Eso sí, mediante un sorprendente milagro. Por eso, al final Dios introducirá la confusión: "los primeros se convertirán en últimos, y los últimos en primeros".